

La fiesta de San Antonio Abad en Navalvillar de Pela

Por: Angel Luis Fernanz Chamón

En honor de San Antón Abad patrón del pueblo, celebra Navalvillar sus fiestas más importantes los días 16, 17, 18 y 19 de Enero. El día 16 por la noche se realiza un acto con personalidad propia, sobre el que

centraremos nuestra atención, y que se conoce con el nombre de «encamisá». El 17 por la mañana tienen lugar los actos religiosos, y finalmente los días 18 y 19 concursos, juegos y diversiones públicas, sin ningún ele-

mento tradicional que merezca destacarse.

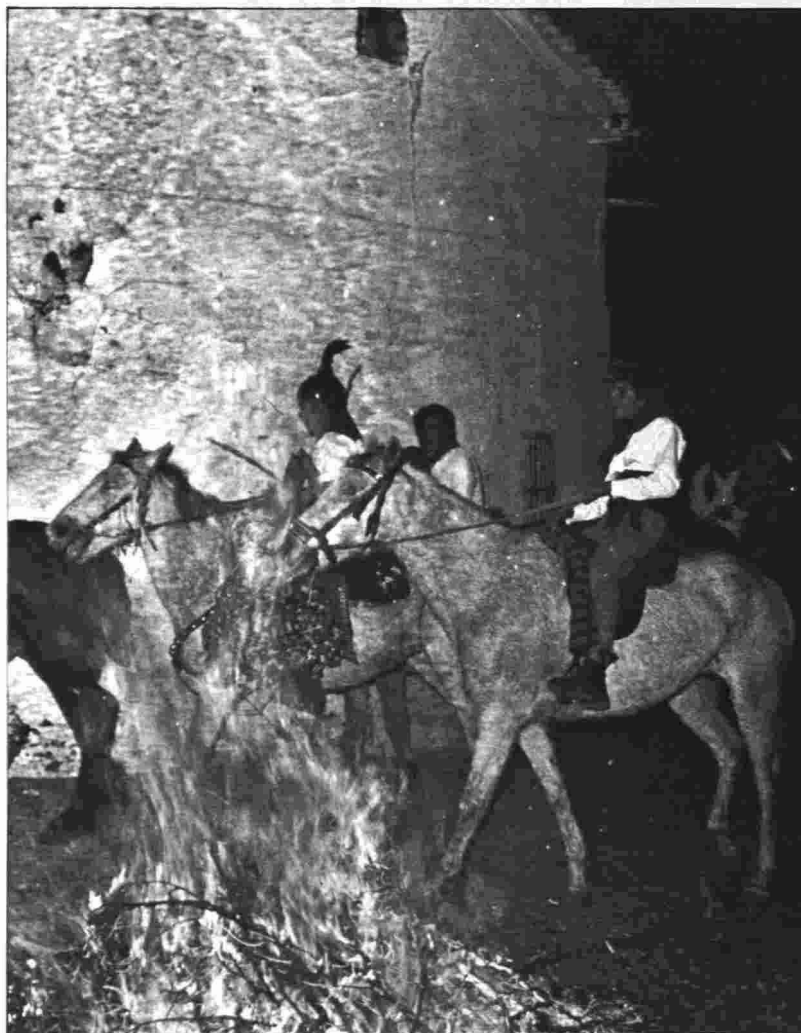
I. LA FIESTA. DESCRIPCION

La organización de la fiesta corre casi por entero a cargo de la cofradía de San Antón. La componen todos aquellos varones que lo deseen aportando la cantidad de 300 pesetas al año como ayuda para la fiesta, con derecho a un refresco el día 17 de Enero a la terminación de la misa. Durante el año se reúnen, además de en la fiesta de San Antón, el día de San Isidro, santo de acusada raigambre campesina.

Entre los socios que forman la masa de los cofrades se eligen, por riguroso orden de antigüedad, siete cargos: mayordomo, tesorero, secretario y cuatro vocales, con un mandato de dos años. El relevo afecta cada año a sólo cuatro directivos, quedando tres componentes con la experiencia suficiente para formar a los nuevos. La primera decena del mes de Noviembre se reúnen para estudiar la composición de la directiva para las fiestas próximas.

Propiamente hablando son estos siete individuos los encargados de la organización. Bajo su responsabilidad está la elaboración de los dulces típicos «los buñuelos del santo», la confección del programa y todo lo necesario para la fiesta.

Los gastos se sufragan de varias maneras. Una es la colecta que se inicia el 2 de Enero, en que los directivos por parejas (excepto el mayordomo), recorren una a una todas las casas del pueblo, con la frase: «¿No hay nada pal Santo?», entregando un programa a cada familia. En segundo lugar la puja del Santo, la mañana del 17 al terminar la procesión. Antigüamente se pujaba en trigo y aceite,



Una de las hogueras del recorrido durante la «Encamisá».

materias primas de los buñuelos, guardándose lo obtenido para la fiesta del siguiente año.

La participación del clero y el poder civil es, en lo tradicional, prácticamente inexistente; referido a la «encamisá» se ciñe casi exclusivamente a la presencia física de sus representantes en algún momento destacado.

El día 4 de Enero comienza la elaboración de los buñuelos. Se encargan unos señores de unos 65 años de edad, que heredaron el cargo de sus antepasados.

El día 6, comienza la novena y el pueblo entra en un período de expectación ante la fiesta próxima. A partir de ese día, y ya todos hasta el 16 el tamborilero recorre, a ciertas horas de la mañana y de la tarde, las calles por las que va a transcurrir la carrera. Son prolegómenos vividos con especial intensidad por la chiquillería que acompaña al tambor en su recorrido, llevando campanillas. Al finalizar la vuelta por la tarde, se dirigen a la «casa del santo» (1), en donde se les da un buñuelo como obsequio. A la costumbre se la conoce con el nombre de «correr el buñuelo con el tambor». El 16 de Enero, primer día de fiesta, es cuando se celebra la «encamisá» el acto más destacado de todos. Los vecinos cuentan que su origen estuvo en la lucha mantenida entre moros y cristianos por el dominio del pueblo. Los segundos se disfrazaron y galopando por las calles, dieron la impresión de ser mayores en número, con lo que obtuvieron la victoria.

A primeras horas de la tarde se vive intensamente los preparativos de la fiesta. Ya están hechos los buñuelos, y se dan los últimos toques a la indumentaria personal. El traje típico de la «encamisá» es como sigue: Moquero atado a la cabeza a modo de casquete, sobre éste se prende otro mediante alfileres con un gamón en el centro dándole forma de mecha; camisa blanca sin nada debajo; Pañuelo rojo, de cuatro picos atado al cuello tapando parte de la espalda y a la cintura, una faja colorada. También se usan zahones de cuero e incluso de skai sobre el pantalón, con las iniciales del jinete recortadas en el material a la cintura.

Las bestias son también protagonistas como era de esperar al celebrar la memoria del santo patrón de los animales. Antes, todos los propietarios de caballos, mulas y burros, los sacaban la tarde del 16, solamente había una excepción en el supuesto de existir luto en la casa, el animal tampoco debía participar de la diversión pública. Con la rehabilitación de la fiesta, el número de animales ha aumentado considerablemente, y

aunque tampoco son ya agricultores los que los montan, el rito se sigue cumpliendo puntualmente.

De todos estos animales, los caballos son los más numerosos, lo que da idea de los cambios experimentados en los últimos años. La mayoría no son propiedad de sus jinetes, se consiguen por distintos medios para participar de la mejor manera que se pueda en la «encamisá». Unos los piden prestados a propietarios amigos, otros los alquilan, cotribuyendo al insólito espectáculo de ver llegar al pueblo numerosos camiones cargados de caballería. No faltan quienes los compran con la intención de volverlos a vender una vez terminada la fiesta apalabrando la venta casi en el mismo momento de la compra. Sólo una minoría puede permitirse el lujo de mantenerlos durante todo el año a sus expensas.

El adorno de los animales (2), consiste por lo general en collera y cabezal cubierto de campanillas, la cola trenzada con cintas de colores y la manta de madroños típica de Navalvillar, de vivos colores, sin duda el elemento festivo más característico y llamativo (3). Estas mantas suelen costar alrededor de 80.000 pts, y pese a que no quedan muchas tejedoras los encargos son abundantes. No tienen otra utilidad que lucirlas dos veces al año con motivo de fiestas: en la «encamisá», la víspera de S. Antón y el lunes de Pascua en que los vecinos acuden a la orilla del río Cubilar para comer en familia.

A las dieciséis horas salen los gigantes y cabezudos tradicionales, y una hora y media más tarde se ofrece una copa de vino a los participantes de a pie, conocidos como «infantería». También se encienden las hogueras que, situadas en diversos puntos del recorrido, delimitan el circuito por el que va a transcurrir la carrera. Circunscrito a la parte alta del pueblo, o mejor dicho a su casco antiguo, margina totalmente a los barrios más recientes fiel a su trazado tradicional. Los vecinos de las calles en donde se instalan las hogueras, solían aportar la madera necesaria para mantener el fuego nocturno. En la actualidad son los directivos los que se ocupan de ello, colaborando voluntarios en el transporte (este año se trajeron 2.400 haces de leña verde de la sierra, chaparros, jara, etc., aunque antes era madera de encina). En torno a ellas se reúnen para ver el paso de los «encamisados» mientras una o dos personas alimentan de vez en cuando el fuego.

Un elemento novedoso son los remolques que se reparten a lo largo del recorrido de manera espaciada, distribuyéndose desde ellos buñuelos y vino de pitarra a todos los que lo deseen.

Alrededor de las 8 los repiques de campanas y el estruendo de los cohetes marcan el inicio de la «encamisá», afluyendo los jinetes por las diversas calles que desembocan en el circuito para incorporarse a la carrera. De la salida la «infantería» con el tamborilero y la bandera de San Antón, las autoridades que van a pie, se retiran una vez finalizada la primera vuelta, que suele demorarse bastante tiempo por las numerosas paradas que realizan. Abanderado y tambor, a paso lento, deben circunvalar el itinerario 3 veces seguidas, dándose por concluida la «encamisá» cuando pasan por el arco de la plaza que les sirve de meta. Lo quebrado de las calles influye en el ritmo de paso de los jinetes, mucho más rápido en los tramos rectos que en el resto del recorrido. Allí es normal presenciar pequeñas carreras en espontáneo alarde, ante la mirada de los espectadores que aprovechan cualquier hueco para protegerse y evitar sustos. Los lugares de mayor embotellamiento donde mayor es la tensión por el peligro de patadas y pisotones, es en donde se encuentran los remolques. Para recibir el refresco, los encamisados se detienen un rato, dando tiempo a que lleguen más jinetes formándose un tapón que impide el paso normal. En la plaza el estrangulamiento es aún mayor por ser el sitio elegido para cambiar de jinete o montar a la grupa al que lo desee para dar alguna vuelta al pueblo. Sin embargo, los vecinos cuentan que nunca ocurrió alguna desgracia ni accidente grave que lamentar. La razón que aducen es la protección del santo el día de su fiesta —«pone las manos el santo»—, tampoco llovió nunca durante las dos horas aproximadamente que dura la carrera.

Junto a las hogueras la gente se arremolina para ver pasar a los jinetes protegidos por el fuego. Aunque algunas personas permanecen estáticas al amor de la lumbre, otras se trasladan de un lugar a otro del recorrido protegiéndose de los caballos donde pueden. El paso lento de tambor y abanderado, prolonga durante varias horas la triple circunvalación, aunque el resto de los jinetes lo hacen a considerable velocidad, dando todas las vueltas que deseen en ese espacio de tiempo (3).

Los encamisados tienen la misión de provocar la participación de los espectadores, vecinos y forasteros, en torno al símbolo común: los santos Fulgencio y Antón. Los gritos constantes de: «¡Viva San Fulgencio!», «¡Viva San Antón!», «¡Viva este Santo!», «¡Viva el chiquirrinol!», acompañados de ademanes como bajar el brazo en dirección al grupo o persona a que se dirige, pretenden provocar la respuesta entusiasta de los asistentes con vivas al santo. Tiene también ciertas dosis de coac-

ción, pues no está bien visto permanecer en silencio cuando un encamisado da un viva al santo dirigiéndose a alguien en espera de respuesta.

El vino es también, a su modo, protagonista, contribuyendo a mantener la excitación y el clima festivo. Los jinetes se surten en las casas particulares y en los remolques que están colocados a lo largo del recorrido. Para hacerse una idea de la cantidad de vino que se consume, diremos que este año de 1983, el mayordomo contrató 110 arrobas de vino, 80 de las cuales se repartieron en los remolques.

Al completar la tercera vuelta abanderado y música, los encamisados que han participado en la carrera reciben, en el remolque de la plaza, un buñuelo y un puro por cada caballería. Cuando no existían los remolques, innovación de hace unos 4 o cinco años, el buñuelo y el puro se daban en casa del mayordomo.

Indiscutiblemente la «encamisá» es el acto cumbre de la fiesta, dándose el caso de algún emigrante que regresa esa misma noche a su lugar de residencia.

El día 17 los actos a celebrar son puramente religiosos: Misa Mayor y procesión. A las doce del mediodía tiene lugar la misa en la iglesia parroquial y una vez finalizada, sale la procesión que transcurre en un circuito bordeando el parque. A la cabeza van varios jinetes con la indumentaria típica de la «encamisá», con caballos enjaezados elegidos entre los más vistosos. Este acompañamiento, sin embargo, nunca fue tradicional en la procesión.

La imagen del santo con el gorrino, comprada modernamente, es llevada en andas por los cofrades, yendo el mayordomo delante con la bandera. Al llegar a la iglesia se subastan las andas, cantando las cifras el mayordomo, alternando con vivas al santo y bailando la bandera. Van así aproximándose paso a paso a la puerta, sustituyendo en las andas unas personas a otras conforme aumentan las cantidades ofrecidas. Entran, por fin, la imagen, y se dan por finalizados los actos religiosos. Luego los directivos dan un refresco en la casa del santo a los socios y forasteros, tradicionalmente a base de vino y buñuelos.

II. EL MARCO HISTÓRICO

Los campesinos de nuestra geografía otorgan a San Antón el patronato sobre los animales, pero esto no fue así desde el principio. San Antonio Abad, santo eremita del siglo IV, se distinguió por el vigor de sus penitencias, y su constante lucha victo-

riosa contra el maligno (4). Nada en su biografía hacía presagiar su abogacía especial.

Tal y como lo recuerda la tradición, su memoria data del siglo XI. fue a partir de entonces cuando su fama milagrosa como sanador de la enfermedad llamada «Fuego de San Antonio» (5), se extendió entre el pueblo. Su abogacía sobre los animales y en especial el cerdo, junto al que aparece en multitud de representaciones, se justifica por diversas leyendas en las que el santo aparece curando en vida a uno de estos animales. Históricamente, sin embargo, poseemos referencias que pueden situar el origen de su abogacía en el siglo XI. En aquel momento, ante la multitud de peregrinos que acudieron al Santuario francés de San Antonio de Viennois, que custodiaba las reliquias del santo, para buscar remedio a la citada enfermedad, los monjes se vieron obligados a comprar algunos cerdos para alimentarlos. Finalmente al establecerse la costumbre, los cerdos pasaron a estar bajo la protección del santo. En España la religión de la hospitalidad de San Antón se introdujo en 1214, estableciéndose la primera casa en Castro Xériz. Para curar el fuego sagrado de San Antón, los campesinos gallegos se dirigían al Pico Sagro, monte de gran prestigio

cientemente aclarada. Frente a los que defienden su carácter funerario, basándose fundamentalmente en las representaciones de carreras de carros en una tumba etrusca del siglo VI a. de J., otros le consideran un Dios agrario, no faltando los que le asignan parte de ambos por su parentesco con la Diosa Ceres, divinidad agraria y funeraria a un tiempo (6). Los actos que tenían lugar durante las Consualia, eran los siguientes: los animales de tiro, caballos, asnos y mulos, no debían trabajar en ese día y eran coronados de flores, también había carreras de caballos e incluso de mulos. Estas carreras de animales con significados religiosos, dieron lugar con el paso del tiempo a las carreras de carros celebradas en el circo y convertidas, en época imperial, en diversiones públicas totalmente profanas.

Las carreras de carros parecen en su origen estrechamente relacionadas con cultos agrarios, incluso ya desde el siglo V a. de C. es muy posible que formarán parte de las fiestas en honor de Ceres: Cerealía o Ludi Cereales. Por el carácter ambiguo de la diosa, que comparte con Consus, no es irreconciliable una interpretación de las carretas simultáneamente como rito agrario y funerario (7).



«Encamisao» y montura adornada con campanillas y la típica manta de madroños.

religioso en la antigüedad y asociado a las tradiciones del Apostol Santiago.

Nada se sabe con seguridad sobre el origen de la fiesta, aunque no falta quien la considere como probable cristianización de antiguas ceremonias y cultos primitivos dedicados a divinidades pastorales protectoras del ganado. En Roma se celebraban las «Consualia», festividad que pueden servir de modelo a muchas de nuestras fiestas de San Antón. En ellas se festejaba al Dios Consus, poco conocido pero muy antiguo, emparentado por algunos con divinidades funerarias etruscas, pero la naturaleza de este Dios no está sufi-

Ciñiéndonos a la «encamisá» de Navalvillar y antes de entrar en el análisis de los elementos que la componen, queremos hacer algunas consideraciones globales. Respecto al nombre de «encamisá» que se da al acto nocturno del 16 de Enero, víspera de San Antón, no es exclusivo de Navalvillar, sino que aparece en otros muchos lugares, algunos considerablemente distanciados de nuestra geografía. En los pueblos que tenemos noticias se llamaba «encamisá» a la cabalgata nocturna, en la que los jinetes van vestidos con una indumentaria especial. La fecha en que se producen estas demostraciones coincide con la festividad de San Antón, aunque también en otros mo-

mentos de finales de año. Este es el caso de la «encamisá» de Torrejoncillo (Cáceres), que se celebra el 7 de Diciembre, víspera de la Inmaculada, con el fuego también como protagonista. Todas estas razones inducen a pensar en un origen común para la fiesta, o por lo menos de su manifestación actual.

El diccionario de autoridades, año 1732, nos dice en la palabra «encamisá»: «Estrategia militar que se usa de noche para insultar y acometer a los enemigos, y cogerlos de repente... lo que se hace poniéndose sobre los vestidos unas camisas para que con la oscuridad de la noche no se confundan con los contrarios»; y una segunda acepción «Era también cierta fiesta que se hacía de noche con hachas por la ciudad en señal de regocijo, yendo a caballo...». Dos posibles significados que Covarrubias relaciona entre sí: «(encamisada) es cierta estratagema de los que de noche han de acometer a sus enemigos y tomarlos de rebato, que sobre las armas se ponen camisas, porque con la oscuridad de la noche no se confundan con los contrarios; y de aquí vino en llamar «encamisada» la fiesta que se hace de noche con hachas por la ciudad en señal de regocijo» (8). De estas citas se deduce que el nombre de «encamisada» tiene una clara procedencia militar y que en los siglos XVI y XVII servía para designar una celada nocturna en la que se usaba, a modo de disfraz, una camisa con la doble finalidad de ocultar la identidad al enemigo y darla a conocer al compañero. El parentesco entre esta acción militar y la fiesta, nos la explica el propio Covarrubias. Según él la milicia prestó el nombre de «encamisada» a una fiesta bastante extendida, con unos rasgos distintivos, a saber: se trataba de una fiesta nocturna, de carácter itinerante, en la que los participantes acudían con hachas encendidas en las manos. El diccionario de autoridades añade dos notas más: se trataba de un regocijo a caballo y no sometido a ningún orden procesional («sin llevar orden de máscara»). Ninguno de los dos cita un elemento indispensable en las encamisadas festivas, me refiero a la indumentaria. La omisión quizás se debiera a la evidencia etimológica del propio nombre, «encamisar» es sinónimo de poner camisa, enfundar y figuradamente encubrir o disfrazar. Es muy posible que el sustantivo camisa ocultara una indumentaria festiva típica, que perdió su nombre o nombres propios en la época a que nos referimos. Incluso pudo ocurrir que con la aplicación de un nombre nuevo a la fiesta, esta cambiara en algunos aspectos para acomodarse al sentido de aquél, así en las «encamisadas» en que los jinetes acuden en mangas de camisa.

Otro aspecto sobre el que incidí

muy directamente el modelo militar fue en la justificación seudohistórica de la fiesta. Hubo que buscar un origen que entroncara con el sentido popular que se daba a la voz «encamisada» y poder así hacerse más comprensible. Dos ejemplos pueden servir de ilustración, el que ya conocemos de Navalvillar y el que narra el origen de la «encamisá» de Torrejoncillo (Cáceres), que dice así: Durante la guerra que hubo (sin especificar cuando) los contendientes, al llegar la noche se acometían y por desconocimiento daban muerte a sus propios compañeros, debido a ello decidieron sacarse la camisa y así poder hacerse reconocibles (9).

Una y otra justifican la fiesta por hechos militares muy poco en relación con su carácter. De origen militar son también algunas palabras que han pasado a formar parte del vocabulario de la «encamisá». En Navalvillar, llaman «infantería» a los que realizan el recorrido a pie, sin ninguna otra alusión militar ni en sus trajes ni en su cometido. «Paladines» son en Torrejoncillo los mayordomos que encabezan la caballada con el perdón de la virgen.

La fiesta, refleja en alguno de sus elementos cambios sufridos en un determinado momento, por muy superficiales que puedan parecer y especialmente en el caso del vocabulario festivo, condicionante a su vez de ciertos aspectos que aisladamente carecerían de explicación.

III. EL MARCO RITUAL

1. El fuego.— En hogueras de grandes dimensiones, que cumplen

circse que es una carrera entre fuegos, de una hoguera a otra hasta completar el círculo establecido por la tradición. En el rito popular de la «encamisá» las hogueras tienen una significación importantísima sin la que perdería su sentido.

El uso ritual del fuego está extendidísimo en las fiestas populares como lo estuvo antiguamente en los más diversos cultos religiosos de la humanidad. Los problemas comienzan cuando se intenta explicar su significado. Unos aplican de manera indiscriminada la teoría solar que asimilaría el fuego a este astro cuyos momentos privilegiados serían los solsticios de invierno y de verano. Todos los fuegos populares de fiestas coincidentes con estas fechas (de una manera amplia por los cambios calendáricos), quedaría así explicados. Algunos piensan que las hogueras de San Antón pueden adscribirse a idéntica teoría con la finalidad de revitalizar mágicamente al astro rey, en la época del año en que sus rayos al caer oblicuos sobre la tierra calientan menos.

Sin embargo, en ciertos pueblos, las hogueras de San Antón responden a una teoría mucho más próxima a los intereses del campesinado. Nos referimos a la finalidad profiláctica que es aplicable no sólo a las hogueras sino a la práctica totalidad de las fiestas de San Antón. No en vano el santo es el patrón de los animales, y el día que la iglesia señala para celebrarlo, los campesinos acuden con sus bestias para protegerlas de enfermedades en el año, realizando una serie de rituales entre los que están los relativos al fuego.



Jinetes abriendo la procesión el día de San Antón.

la función de marcar el itinerario por el que va a transcurrir la «encamisá».

Constituye un elemento esencial en la fiesta de la que bien puede de-

El fuego, desde muy antiguo, fue considerado como el elemento purificador por excelencia aplicación conservada tenazmente en la tradición popular. Recordemos los saltos sobre las hogueras de San Juan, la

virtud protectora del tronco de Navidad, y al margen de las fiestas, el uso del fuego en las grandes pestilencias medievales.

Ciñiéndonos a la fiesta de San Antón, también en otros pueblos se da la práctica de circunvalar hogueras con los animales estableciéndose competencias entre los jinetes por ver quién se aproximaba más con su montura a las llamas (10). La bendición del sacerdote antes de la carrera y la costumbre de dar alimentos benditos a los animales, completan el ritual purificador.

Las pestilencias medievales y en general la creencia en la procedencia diabólica de las enfermedades, pudieron contribuir de alguna manera a la configuración de la fiesta de San Antón. En el Reino de Valencia, hay constancia de la celebración de la fiesta con hogueras por votos de los pueblos en tiempos de pestilencia sin olvidar que la abogacía del santo no puede llevarse más allá de la Edad Media como pudimos comprobar.

Las hogueras de la «encamisá», parecen responder más a esta creencia que a una problemática magia solar. Con el tránsito de los animales de una hoguera a otra se buscaría obtener la purificación y protección consiguiente derivada de la proximidad al fuego.

2. Circunvalación.— Distinguiremos dos modalidades de circunvalación ritual:

a) Rotación en torno a un centro. Generalmente provisto de alguna especial significación religiosa.

Rito prácticamente universal lo encontramos reflejado en las fiestas populares y también en la de San Antón. Está muy generalizada la costumbre de dar vueltas, un cierto número de veces, con los animales a la ermita del santo, con la finalidad de atraerse su protección. La repetición del rito multiplicaba su efecto, incluso alguno de esos números tenían ya en sí mismos una virtud mágica (el tres, por ejemplo).

b) Circunvalación procesional. El movimiento de los participantes no depende de ningún centro de especial importancia, sino que su itinerario recorre los lugares más representativos del espacio en que se haya inscrito.

Citemos las numerosas procesiones por las calles de los pueblos para impregnar con su presencia virtuosa todo el lugar. Con este fin suele trazarse cuidadosamente el itinerario por ciertas calles a las que se asimilan metafóricamente todas las restantes del pueblo.

La «encamisá» de Navalvillar responde al segundo modelo enunciado. El itinerario y la ubicación de las hogueras no delimita espacios diferen-

tes, transcurriendo por algunas calles en las que se refleja todo el pueblo en el momento de la fiesta. La virtud purificadora del fuego se extiende a toda la comunidad. El equivalente dinámico del rito lo tendríamos en las procesiones con antorchas que vienen a sustituir a las hogueras.

3. La carrera.— En su origen vinculada a ritos en honor de divinidades agrarias. Con ellas se pretendía propiciar mágicamente el crecimiento de los cereales regenerando las fuerzas de la naturaleza.

En las fiestas es, sin embargo, muy difícil constatar directamente este significado agrario. Una posible confirmación la tendríamos en los ejercicios encuestres en las fiestas de San Juan de Ciudadela (Menorca), en que los jinetes llevan una rama verde en la mano y son tiroteados desde los balcones con almendras y flores (11). También por San Antón son muy comunes las carreras de animales incluso sin premio alguno como ocurre en Navalvillar de Pela.

IV. CONCLUSION

Recapitulando todo lo dicho hasta aquí, nos encontramos con los siguientes hechos:

1. Históricamente podemos marcar tres fases diferenciadas de mayor a menor antigüedad en el desarrollo de la fiesta:

a) Siglos XVI y XVII. Documentado el nombre de «encamisada» para fiestas:

- Nocturnas.
- Itinerantes.
- A caballo.
- Con fuego (antorchas).

Y pervivencias de los cambios operados en aquél momento por influencia de la milicia en:

- Introducción del argot militar.
- Narraciones sobre los orígenes de la fiesta en hechos de armas.
- Alteraciones de la indumentaria («camisa»).

b) Edad Media (siglo XII en adelante). Momento en que San Antonio Abad adquiere fama en el campesinado europeo como sanador de la enfermedad epidémica conocida con el nombre de «Fuego de San Antonio», fuego al que se da una procedencia divina «Fuego Sacro».

Extensión de su abogacía sobre el cerdo y en general a los animales más próximos e imprescindibles al hombre.

c) Antigüedad. Las noticias más precisas son las referentes a las Consualia emparentadas con las nuevas de San Antón en:

- festividad del ganado caballar.

Ese día se les exime de trabajar.

— Adornos a base de motivos vegetales.

— Carreras, sin duda el elemento más importante.

2. Una serie de hechos rituales muy extendidos como son el uso del fuego, la circunvalación y la carrera. Los dos primeros con un sentido profiláctico y purificador, el tercero relacionado con cultos agrarios. Se articulan en dos ideas fundamentales que coinciden con los intereses primordiales del campesino: protección (contra la enfermedad sobre todo) y fertilidad (tanto de los campos como de las personas).

La fiesta de San Antón en Navalvillar, como otras muchas en honor del mismo santo que se celebran en España, pueden ser el resultado de la sedimentación medieval de diversos núcleos rituales depositados en diferentes momentos. La Edad Media la marcó con el terror de la enfermedad y la Edad Moderna la asimiló al modelo militar que todavía podemos descubrir. La oscuridad y el misterio son el patrimonio de la antigüedad. Posibles ritos agrarios, funerarios u otros que se nos escapan pudieron ser el punto de partida de cultos similares, pero aquí por el momento entramos de lleno en el terreno de la especulación.

NOTAS

(1) Se llama «Casa del Santo» al local alquilado por los organizadores para elaborar los buñuelos. Esta tarea la realizan unas personas mayores pertenecientes a las familias tradicionalmente encargadas de ello.

También allí se guarda la bandera de la «encamisá».

(2) Donde se manifiesta la competitividad entre los participantes tanto en los caballos como en la riqueza de los adornos.

(3) En general la impresión de falta de orden se impone al espectador, por la anarquía con que evolucionan los encamisados durante la carrera.

(4) Santiago de Vorágine «Leyenda dorada». T.I. Pp. 107-111. Alianza editorial 1982.

Croisset, J. «Año cristiano o ejercicios piadosos para todos los días del año». Madrid 1867 pp. 241-256.

(5) Intoxicación que produce al cornezuelo del centeno y sus alcaloides, muy común en la Edad Media por el consumo de pan de este cereal.

También se llama «fuego sagrado» o «mal de San Antonio».

(6) Roland Auguet. «Los juegos romanos» pp. 129-131.

(7) Roland Auguet. O.C. P. 132.

(8) Covarrubias «Thesoro de la Lengua Castellana o española».

(9) La versión fue recogida en el propio pueblo, de labios de una señora de edad, la noche del 7 de Diciembre de 1982, durante la «encamisá».

(10) Monserrat Martínez González. «La sanantonada de Mirambel. Introducción a su estudio». Rev. Teruel n.º 63. Enero-Junio 1980, pág. 65.

(11) Casas Gaspar «Ritos agrarios» epígrafe «Carreras fertilizadoras» pp. 149-152.